



Foto: Sergio Parra

¿NOS SALVAREMOS TODOS ALGÚN DÍA?

El escenario es un ámbito mágico donde se descubren dimensiones escondidas de la existencia: sueños, pesadillas, ilusiones, anhelos, recuerdos, deseos ocultos, esperanzas y temores... El enigma de la vida, que se escapa tantas veces a los argumentos de la razón, se muestra en el escenario con toda su grandeza.

En ese gigantesco espejo tratamos de reconocernos y, al actuar, sentimos que existimos. Lo mismo hace cada ser desde que nace hasta que muere; repetir concienzudamente su papel durante toda su vida.

Apariencia y simulacro, eso es *Humo*. Si alguna vez llegamos a comunicarnos con los demás es sólo por azar. La máscara es la existencia posible. Sin ella los tigres del pasado que esconden nuestra conciencia nos comerían por dentro. Sólo si nos alejamos de nosotros mismos podemos ver, y burlarnos, cómo representamos ante el mundo nuestro absurdo y tonto papel.

Algunos incidentes aparentemente triviales marcan nuestro destino, nos guste o no, y después dedicamos el resto de nuestra vida a defendernos como víctimas, haciendo el papel de culpables, ante el gran jurado del mundo. La única forma de sobrevivir sin caer en la locura es reírnos de nosotros mismos.

En *Humo* se intenta entrar en el misterio de esas zonas oscuras de la mente y sacarlas a la luz, para que todo se haga presente ante los ojos de los espectadores al levantarse el telón. Sale el actor y mira al público desde la inmensidad del escenario, interrogándose sobre dónde está el lugar de la auténtica representación. La vida del drama se convierte así en el drama de la vida, y, por medio del arte teatral, en un juego, en bálsamo tranquilizador para nuestro espíritu.

La sociedad en la que vivimos hace ya tiempo que perdió la fe, vive permanentemente engañándose a sí misma y a los demás, la mentira se ha enseñoreado de nuestro tiempo. ¿Por qué?

Perdimos la fe en la religión porque abusaron en exceso de nuestros miedos. Perdimos la fe en las ideologías porque fracasaron. El capitalismo se ha adueñado de la llamada sociedad del bienestar de todos los espacios, es el *menor mal* que somos capaces de digerir, por eso la aparición de los farsantes es necesaria y justificada.

Esta obra habla de eso, de los vendedores de humo, pero habla con ternura porque no salvándose casi nadie, nos abre la puerta a la esperanza de salvarnos todos algún día.